

CRÓQUIS BASCONGADOS.

Deferente á la invitacion que le hemos dirigido, el jóven y distinguido arquitecto D. A. Morales de los Ríos, ha tenido la bondad de honrar la EUSKAL-ERRIA con los cróquies que aparecen en las páginas 84 y 85, favoreciéndonos además con la siguiente carta de remision:

«San Sebastian 25 de Enero de 1882.

Sr. D. José Manterola.

Muy señor mio y distinguido amigo: Pídeme V. unos cuantos renglones aclaratorios de los dibujos á que ha tenido la bondad de dar acogida en su estimada publicacion euskara, y en verdad que esto me recuerda lo que de un ilustre pintor se cuenta que acostumbraba á poner bajo sus cuadros: *«Esto es tal cosa.»* Esto, en los cróquies que le remiti, representa dos escenas bascongadas que apunté siendo colegial en el Real Seminario de Vergara, muy ageno de que un dia tuvieran el honor de aparecer en la EUSKAL-ERRIA.

Representa el primero una de esas diminutas carretillas usadas, Dios sabe cuántos siglos há, en Guipúzcoa. Haciendo un poco de erudicion diré á V. (lo que ya quizás sepa), que algunos escritores, no sé si Isasti, Garibay, Lafuente ú otro, que para el caso poco importa, han creido reconocer en algunos surcos trazados por esas carretillas en altas montañas, el paso frecuente de éstas durante la guerra Cantábrica. Otros han añadido que los romanos conocían las posiciones ó marchas del enemigo que combatían por el chirrido prolongado y característico que producía el eje de las ruedas al frotar contra los cojinetes mal engrasados. Otros dicen aúnque, por el contrario, el eco de este *egui-puzua* los engañaba, y que cuando creian encontrar al enemigo se les venía éste por las espaldas.

Nosotros no resolveremos cuestión de semejante trascendencia.

Todos estos recuerdos se agolparon á mi imaginacion al ver bajar por un vericueto del monte Elosua la carretilla de un casero: que cargada de leña se dirigía á Vergara. La extraordinaria pendiente

CRÓQUIS BASCONGADOS.



LA CARRETILLA DEL CASERO.

(Monte Elosua. Vergara.)



A. Morales de los Ríos

LA OFRENDA EN LA MISA MAYOR;

(Santa Marina, Vergara.)

del sendero, que hacía ir la carreta con el timon casi vertical, la estrechéz del camino por donde pasaba, el escorzo de los cachazudos bueyes, los *aidá* del casero que los contenía en la bajada, me impresionaron, hice el cróquis y se acabó mi historia.

Y continuando esta profunda disertacion diré á V. cómo todos los pueblos primitivos han tenido costumbre de presentar ofrendas á la divinidad, cualquiera que ésta fuese, empleando con preferencia á otra la forma de pan. El judío con sus *panes acimos* colocados en una mesa especial del santuario; el griego que ponía sobre el pedestal de su *Minerva aptera*, la patrona de Atenas, *un pan y un tarro de hydromel*, son dos ejemplos muy conocidos. En Rusia, aun hoy, el *pan* y la *sal* representan un papel considerable en toda bienvenida ó recibimiento de aquella Iglesia. El francés, mas refinado, ha sustituido la ofrenda del *pan bendito*, que los vecinos de cada parroquia y por su turno enviaban los domingos para presentarlo durante la Misa mayor, por la de una excelente y apetitosa *bizcochada*. En los pueblos de Guipúzcoa aun se conserva una usanza semejante.

Representa, pues, el segundo cróquis la *ofrenda*, esa costumbre bascongada, uno de los recuerdos mas añejos y típicos del pais euskaro. Una mujer, una *bata*, con la ofrenda delante de ella, los panes, las velas y el ruedo de cerilla amarilla, oye con recogimiento la misa mayor, esperando el momento del acto á que alude el dibujo. En aquel instante, el órgano arroja por sus cien bocinas los sonidos mas alegres del oficio divino; los tres sacerdotes, bajando del altar mayor, se dispersan en las naves de la iglesia y recogen lo que las buenas mujeres les llevan. Estas, agrupándose en derredor de cada uno de aquellos, y besando la estola, arrojan los panes en sendos sacos que el monaguillo lleva á la sacristía, volviendo cada cual á su sitio acostumbrado. Algunas veces cubre la ofrenda un espeso paño negro bordado de rojo, y ostentando en medio las cruces de Santiago ó de Calatrava. Es la ofrenda de una familia ilustre.

No creo necesarias mayores explicaciones, pero si no lo creyera V. así, dispense mi escasa erudicion, que no tiene siquiera la escusa de escribirse en aquella lengua, de la que injustamente decía el jocoso Quevedo Villegas: «*Si quieres saber vizcaino, trueca las primeras personas en segundas con los verbos.*» Aun no estoy tan adelantado.

Creame V. suyo affmo. amigo, s. s. q. b. s. m.